

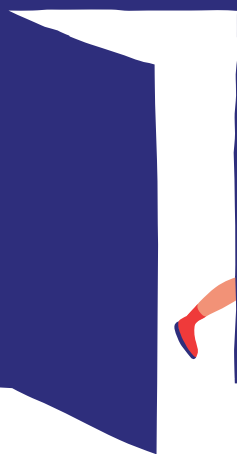
¿Conseguirás salir de este libro?

ESCAPE

BOOK

JUNIOR

Las puertas  
de Lía



IVAN TAPIA  
MONTSE LINDE

# ESCAPE BOOK JUNIOR

*Las puertas  
de Lía*

**IVAN TAPIA**  
**MONTSE LINDE**

## **Agradecimientos**

A Greta y Rita, que son las llaves de mi vida.

IVAN TAPIA

A David, por abrirme sus puertas de par en par.

MONTSE LINDE

© Ivan Tapia, 2017  
[www.cocolisto.com](http://www.cocolisto.com)

© Montse Linde, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
Calle Josefa Valcárcel, 42 - 28027 Madrid  
[lunweg@lunweg.com](mailto:lunweg@lunweg.com)  
[www.lunweg.com](http://www.lunweg.com)  
[www.facebook.com/lunweg](http://www.facebook.com/lunweg)  
<http://twitter.com/Lunwegfoto>

Ilustraciones del interior: © Júlia Gaspar  
Diseño del interior: lookatcia

Primera edición: noviembre de 2017  
ISBN: 978-84-16890-40-8  
Depósito legal: B-14666-2017  
Imprime: Liberdúplex

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



# UN EXTRAÑO MENSAJE

*El autobús se detiene.*

Subo y me instalo en un asiento individual. No me apetece que nadie me dirija la palabra, y menos una de esas señoras mayores que primero parece que se preocupen por mí, pero que poco después se dedican a hablar sobre sí mismas. Ya voy al instituto y puedo ir perfectamente sola por el mundo. Cuando me agobian mucho, me bajo antes del autobús y acabo el camino en monopatín.

*El autobús arranca.*

Si os preguntáis quién soy, os diré que tengo el pelo casi negro, más o menos por los hombros; suelo llevar una sudadera gris una talla más grande que la que me toca, falda, unas Adidas Superstar y unos auriculares rojos: me paso todo el tiempo que puedo escuchando música con mi viejo móvil. ¡Ah! Y casi siempre voy en monopatín, también de color rojo y con ruedas amarillas, regalo de mi tío en mi último cumpleaños. Sí, vivo con mi tío, él es la única familia que tengo. A mis padres casi no los conocí, así que no me compadezcáis, odio las caras de pena. Supongo que podría deciros que soy una niña normal, pero os estaría mintiendo.

Me llamo Lía y soy una abrepuestas.

No, no soy una ladrona ni nada parecido, no os paséis. Es solo que tengo el poder de meterme en la cabeza de cualquier persona. Bueno, no en la cabeza, sino en una especie de casa que las personas tenemos en la cabeza. Una casa como las de verdad, las de ladrillo y cristal,

pero diferente. Yo las llamo «casas mentales», y son las que representan cómo somos en realidad. Y sí, vosotros también tenéis una casa mental en vuestra cabeza, aunque todavía no lo sepáis.

*¡Uy! Esta carretera está fatal, ya podrían arreglar los baches de una vez.*

Entrar en la cabeza de alguien, para mí, es muy fácil. Solo tengo que tocar a esa persona y concentrarme. Creedme, es flipante. Una vez entré en la cabeza de un hombre enorme que tenía una casa mental tan diminuta que cuando te dabas la vuelta tirabas los cuadros de las paredes al suelo. No sé, interpretad lo que queráis. Incluso he estado en una casa donde todos los muebles eran de chocolate y podías comértelos si querías. Yo por si acaso no lo hice. Intento ser superrespetuosa con las casas mentales que visito.

La gente deja sus recuerdos e intimidades en una especie de mueble guardasecretos dentro de su casa mental. A veces es un mueble normal; otras, una caja fuerte. Puede ser un baúl, e incluso he llegado a ver secretos dentro de una caja de zapatos. Algunas personas los tienen guardados bajo llave, y otras no. Yo no los miro. Sé que podría hacerlo, pero no me parece bien y punto. Bueno..., solo miro si es imprescindible. Una vez mi poder me sirvió para ayudar a una señora mayor que estaba perdida en medio de la calle en camisón. Entré en su cabeza y busqué entre sus recuerdos la dirección de su casa.

Parece un poder fantástico, ¿verdad? Pues no lo es, y por eso intento utilizarlo lo mínimo posible. Básicamente por dos razones:

**La primera:** me siento rara entrando sin permiso en la intimidad de los demás.

**La segunda:** cuando vuelvo al mundo real, me duele un montón la cabeza.

*¡Hala! ¡Esta canción de Taylor Swift me encanta!*

Como ya os he dicho, suele resultarme muy fácil entrar en la cabeza de las personas. Ahora podría entrar en la vuestra si os tocara y me con-

centrase. Pero a veces, pocas, me topo con casas mentales que tienen cerrojos en su puerta, y entonces es más difícil. Y aunque soy bastante buena abriéndolos, por lo general, si encuentro una casa cerrada con cerrojo, me voy corriendo por dos motivos:

**Primero:** si han cerrado su puerta con llave, será porque no quieren que entre nadie. Y ya os he dicho que yo no soy una ladrona. Vosotros tampoco entráis en la primera casa que os encontráis por la calle, ¿no?

**Segundo:** las casas que tienen cerrojo me dan mal rollo. Cuantos más cerrojos tienen, más miedo tengo yo.

*Hoy va muy lento el autobús.*

Soy así desde que tengo uso de razón. Al principio pensaba que todo el mundo era igual, pero después me di cuenta de que no y de que, si se lo contaba a alguien, me miraba mal. Así que dejé de contarlo y hace un montón que no se lo digo a nadie, ni a Lily, que es algo así como mi mejor amiga del instituto.

Pero hoy ha pasado una cosa que me ha dejado pasmada. Y por eso necesito contársela a alguien. Me he encontrado una nota en mi mochila. Era muy rara, parecía un galimatías de palabras y letras, y la verdad es que he estado a punto de tirarla a la basura. Pero entonces me he fijado un poco más y me he quedado de piedra.

HAOL, LAÍ. ¿SEBAS  
IBRAR PEURTAS?  
ET NECEISTAMOS.  
NEV ESAT TERDA  
LA ASLIR ELD  
SINITUTOT A AL  
LACLE VEIJA  
NOREMŪ TONCIE  
COHO.





## ¡HE ENCONTRADO Y ABIERTO LA PUERTA DE SALIDA DE HALCÓN!

*Suelto el aire y atravieso la puerta. Abro los ojos en el mundo real.*

Menos mal que he conseguido salir de la cabeza de Halcón. He descubierto una cosa muy curiosa: la puerta de salida de Halcón tenía una pequeña ventanita por la que podía ver el mundo real. No sé si todas las puertas de salida la tienen. Antes de traspasarla nos he visto con las manos cogidas y, ahora, ya fuera, todavía las tenemos así. Me siento más cercana a él. Es una sensación rara. Siempre me pasa. Cuando salgo de la cabeza de alguien es como si lo quisiese un poco más que al resto, aunque no nos conozcamos.

Eh, eh, eh... ¡¡¡Pero si no me duele la cabeza!!! Esto es un flipe. Biennn, biennnn y biennnn. Solo por haber aprendido a salir de las casas mentales sin que me duela la cabeza ya ha valido la pena todo el miedo que he pasado.

—Lía, lo has hecho bien, pero no siempre lo tendrás tan fácil. No todo el mundo que encuentres en los mundos mentales tiene buenas intenciones —dice Cisne.

—¿Te refieres a los *cuannosequés* esos? ¿Quiénes son?

—Abrepuertas a los que les fastidia lo que nosotros hacemos. Y se llaman «cuánticos». Lo digo porque estoy segura de que buscarás la palabra en el diccionario.

—¿Y vosotros qué hacéis, si puede saberse?

—Pues nosotros intentamos evitar que alguien entre en tu casa mental y te robe tus secretos y tus recuerdos, por ejemplo.

Lo ha dicho seria, lo ha dicho muy seria. Los demás han bajado la cabeza.

Sé que no es sensato lo que voy a hacer, pero quiero saber más, algo en el tono de su voz me ha llegado a lo más hondo.



—¿Por dónde seguimos? ¿En qué cabeza entro ahora? —pregunto remangándome.

Serpiente menea la cabeza. Halcón y Guepardo suspiran como si hubiesen estado conteniendo la respiración. Ardilla, por primera vez desde que nos hemos visto, sale de su mundo, se queda mirándome y sonrío. Parece ser que tenían miedo de que me echara para atrás o algo por el estilo.

—Eres una gran abrepuertas, Lía. Pero ahora toca esperar. Nosotros nos pondremos en contacto contigo.

Cisne me explica algunas normas que debo seguir mientras espero:

**Norma número 1:** dibujar todos mis sueños nada más despertarme. Según ella, así será como me harán llegar los mensajes. También es la manera de saber si alguien ha intentado entrar en mi casa mental.

**Norma número 2:** no entrar en la cabeza de nadie sin su permiso. Podría ser peligroso, ya que los cuánticos podrían detectarme ahora que empiezo a controlar mi poder. (Nota: sigo sin tener muy claro este tema de los cuánticos.)

Dice que, si no cumplo las normas, no podré entrar en la hermandad. Suena a amenaza, ¿no? Se ha pasado mil pueblos. A mí no me gusta que me amenacen. No me gusta nada de nada.

**Norma número 3:** utilizar el medallón para descifrar los mensajes y llevarlo siempre conmigo.

¿Qué medallón?

Cisne saca con cuidado un medallón colgado de una cadenita que tenía guardado en una bolsa de tela.



*Me guardo el medallón y me dirijo a la parada del bus. Paso de volver a casa en monopatín.*

Todos se han ido ya. Me siento en el autobús y observo el medallón que me ha dado Cisne. Tendré que guardarlo en un sitio donde no lo encuentre mi tío, porque, si lo ve, me preguntará por él y no me gusta decirle mentiras. Una cosa es que él no se entere, y otra cosa es que yo lo engañe.

*No puedo esperar a llegar a casa.*

Busco en mi móvil la palabra *cuántico*. No pillo nada de lo que dice. Leo la definición varias veces, pero no la entiendo. Habla de física y de energía y

de átomos y de no sé cuántas cosas raras más. Me temo que tendré que esperar a que me lo expliquen.

*Miro por la ventana del bus. Las luces pasan.*

Estoy tan cansada como si hubiera subido tres montañas. Han sido demasiadas emociones. Necesito poner orden en todo lo que ha pasado. Así que me pongo a ello:

**Punto 1:** existen otros abrepuestas, aunque no todos están en el mismo bando. Están los de la hermandad, los cuánticos... y no sé si hay más. Lío, mucho lío.

**Punto 2:** no puedo estar más de una hora mental en la cabeza de alguien o, lo que es lo mismo, no puedo estar más de seis minutos de tiempo real en una casa mental. Si me paso, desaparezco para siempre. Miedo.

**Punto 3:** solo debo fiarme de mi reloj, porque algunos abrepuestas pueden modificar el tiempo para liarme. Chungo.

**Punto 4:** debo salir por la puerta de salida y así no tendré dolor de cabeza. ¡¡¡Súper!!!

**Punto 5:** no puedo entrar en la cabeza de nadie hasta que ellos vuelvan a ponerse en contacto conmigo. Un rollo.

**Punto 6:** debo dibujar cada mañana cuando me despierte porque es la manera en que me harán llegar su mensaje. Raro, muy raro.

**Punto 7:** los de la hermandad son unos frikis de cuidado. Pero empiezan a gustarme. Esto es una verdad como una casa.

Me gustan, a pesar de la amenaza de Cisne. Me duelen las amenazas porque son como chantajes. No te permiten escoger. Te fuerzan a hacer cosas que quizá hicieras de todas formas por propia voluntad. Es un poco contradictorio, ya lo sé.

*Estoy a un par de calles de casa.*

Menos mal que Guepardo se ha dado cuenta. De que me ha dolido, quiero decir. Antes de irse, me ha cogido del brazo y me ha pedido que perdonase a Cisne, pero que de verdad era muy importante que le hiciera caso y no entrase en la cabeza de nadie, que eso sería malo para todos. Además, nunca jamás podría entrar en la hermandad.

—No me gustaría perderte, Lía.

Sí, eso ha dicho, ni una letra más ni una menos. Le he dado mi palabra y vosotros ya sabéis que yo nunca traiciono la palabra dada. Y si no lo sabéis, os lo digo ahora. Cuando doy mi palabra, la cumplo pase lo que pase.